

# Cortina rasgada

Juan Ángel Juristo

En un panorama a veces tan previsible como el que acontece en la narrativa actual hay que felicitarse por la aparición de libros como éste. La sorpresa inicial, una joven autora que escribe su primer libro de ficción y que posee una calidad nada usual, da paso, luego, a una reflexión sobre lo leído que hace que esa sorpresa se convierta en respeto. A mí me ha ocurrido con este libro de cuentos de Marina Perezagua, *Criaturas abisales* y no sólo porque guste de este tipo de literatura, hay afinidades electivas que traicionan, sino porque considero que la excelencia debe reconocerse con reconocimientos contenidos. Leyendo estos cuentos me ha recordado cierta emoción que sentí al recordar algunos relatos leídos hace muchos años de Karen Blixen. Reflexionando sobre esa afinidad caí en la cuenta de que ello se debía a que tanto una como otra expresaban con justeza lo que representaba ser un narrador. En su ya clásico ensayo sobre Nicolai Leskov, respecto al arte de narrar, Walter Benjamin apunta una de las causas de la falta de narradores (sitúense en los años treinta del siglo pasado), a que el flujo de la experiencia personal y, por lo tanto, la necesidad de intercambiar esas experiencias, había bajado con respecto al siglo que le había antecedido. También a que la configuración del mundo moderno ahoga la experiencia a favor de la información: «Todas las mañanas nos informamos sobre lo que ocurre en el mundo. Y por lo tanto somos pobres en cuanto a historias curiosas. La razón estriba en que nada aprovecha a la narración, sino a la información». De ahí que ese arte del narrador antiguo, que era capaz de describir con minucia científica la forma de las alas de un ángel no tenga ya casi cabida en el mundo moderno, el

---

Marina Perezagua: *Criaturas abisales*. Los libros del lince, Barcelona, 2011.

mundo del novelista. La lectura de *Criaturas abisales*, como me sucedió en su momento con *Siete cuentos góticos*, me ha producido la sensación de volver al mundo del hechizo de la fábula, tan propia del narrador, un mundo donde cabe lo sobrenatural o no en el mismo rango. Un mundo donde lo que importa es la suspensión de la incredulidad. Nada más.

Conseguir esto no es fácil. Se necesitan algunos dones. Por ejemplo cierta tendencia a la abolición del tiempo, por ejemplo cierto sentido de las formas clásicas, del arte de narrar, que mantiene una línea de continuidad desde los relatos bíblicos, desde las narraciones greco-romanas, desde las fábulas hindúes a las *Mil y una noches*, donde todo está medido a favor de esa suspensión de la incredulidad. Cualquier atisbo de aburrimiento, de falta de hechizo, es motivo suficiente para que el relato no cumpla el pacto secreto entre narrador y oyente y, por lo tanto, deba ser desechado. Esta medida del modo de narrar está presente de manera muy intensa en estos catorce relatos de que consta el libro de Marina Perezagua y ello de tal manera que leyéndolos se percibe de manera clara, rotunda, esa progresión leve pero continua de los recursos necesarios para que el lector no abandone su arrobado. A eso se le llama poder de fascinación. El libro lo posee en grado sumo.

De esa incidencia en la factura clásica no debe inferirse que lo moderno no esté presente en estos cuentos. Por ejemplo, los recursos propios de la estética surreal se encuentran en muchos de estos relatos. Baste señalar el primero de ellos «Lengua foránea», donde a OlgaW., que viaja en un avión en un vuelo transatlántico, se le aparece una lengua en la ventanilla del aparato, una lengua con la que realiza una connilingus en uno de los momentos de erotismo más refinado que he leído en la narrativa española, tan proclive últimamente a nadar entre la ausencia de erotismo o la descripción más explícita y prolija del mismo; o, si me apuran, el titulado «La Impenetrable», donde una mujer con un himen a toda prueba, en aras de la verdad, se exhibe delante del público presente en un circo que participa, además, de la comprobación. Los símbolos juegan aquí un papel relevante: el circo como instalación en el imaginario clásico de lugar donde son exhibidos los casos raros, insólitos; la lengua como objeto desmesurado de fas-

cinación erótica cuando se le mira fuera de contexto. Remítanse a los grabados eróticos japoneses, a los recursos de pintores como Oscar Domínguez, como Maruja Mallo... este tipo de cosas están ya ahí.

La autora maneja lo onírico con gran soltura, sus recursos, también las sensaciones que las imágenes producen, algo que explotaron a conciencia los surrealistas. Leyendo estos cuentos sucede que los sentimientos que procuran los relatos son producidos por asociaciones de imágenes, en apariencia inconexas, inverosímiles, pero que guardan una pasmosa coherencia sentimental. Creo que en esta perfecta unión donde reside gran parte de la fascinación que producen estos cuentos. En «Fredo y la máquina», por ejemplo, se nos cuenta la simbiosis que se da entre una chica que conectada a la máquina de un hospital, sólo se relaciona con el mundo exterior a través de su pensamiento, y Fredo, un joven que sufre lo mismo que ella, una parálisis debida al coma producido por un accidente. Ese sentimiento de unión a pesar de todo, casi de lo impensable, que se produce en este relato, se cambia en algo diferente en el siguiente, «El rendido», una historia de amor de consecuencias perversas donde la pasión entre Rita y Bernhard sólo puede cumplirse si él vive encerrado en una cárcel debido a los celos de ella. Vale decir, los sentimientos que estos relatos inspiran son identificados, reconocidos por el propio lector, que los hace suyos porque en circunstancias mucho más convencionales los ha experimentado. Esa traslación a través de imágenes, de sucesos, incluso del invento de artilugios extraños, como la metamorfosis que se produce en «Iluminaria» en la clásica alfombra mágica del cuento clásico convertida ahora en un aparato capaz de generar energía eléctrica gracias a la pasión erótica de Oliver, amante de Julieta, de cuerpos aberrantes y mágicos, como en «De la mar el tiburón y de la tierra el varón», donde se da cuenta de un aparato reproductor masculino en un cuerpo de mujer, de paisajes de pesadilla, como el descrito en «La loba», un relato a medio camino entre el cuento fantástico y el de anticipación con rememoraciones clásicas que se remontan al mito de Rómulo y Remo, todos estos elementos, por muy dispares que en apariencia se manifiesten, conllevan una lógica aplastante, la que se deriva de la conformación de nuestros sentimientos en el subconsciente. La

maestría con que Marina Perezagua dota a sus relatos de estos elementos fantásticos, inverosímiles, y los transforma en algo cotidiano, verdaderos, revela un don, y ese don tiene que ver todo con la enorme seriedad con que la autora se enfrenta al hecho del arte. Hay un relato en el libro, titulado «Gabrielle», de una rara belleza, donde se nos cuenta la obsesión que una madre siente ante un cuadro de la segunda escuela de Fontainebleau, *Gabrielle d'Estrées y una de sus hermanas*, un relato donde se emplea el recurso del correo electrónico y de los SMS, que denota bien a las claras hasta dónde puede llevar la pasión, cualquier pasión, desde luego la literaria. Valga como ejemplo. Marina Perezagua es una narradora dotada de una excelente madurez en los recursos literarios, una madurez que poco o nada deben a lo que suele llamarse la «cocina», es decir, la sabia disposición de los recursos narrativos, algo que se aprende con la práctica. Hay algo más, y es ese algo más es lo que revela a un artista. *Criaturas abisales* es el resultado de una seria confrontación con el oficio de narrar. Un comienzo de una rara excelencia ©